

## Habitados por Cristo Entrada desde la perspectiva de la Fe

### En Cristo, con Cristo, en misión

*“Porque en Dios vivimos, nos movemos y existimos” (Libro de los Hechos de los Apóstoles cap. 17, 28)*

¿Qué hay en el origen de nuestra existencia?  
¿Qué impulso de vida nos da ser, nos mueve?  
¿Soy yo mi construcción o soy permanente recepción de una fuerza de vida que me habita?  
¿O ambas?

Podríamos dividir nuestra vida en dos partes, activa y pasiva. En general, desde nuestra perspectiva la activa ocupa el primer lugar, porque suele sernos más agradable y perceptible. Pero en realidad, la segunda es infinitamente más extensa y profunda.

Nos resulta tan natural el hecho de crecer que no pensamos, habitualmente, en distinguir nuestra acción de las fuerzas que la alimentan, ni tampoco de las circunstancias que favorecen su éxito. Y, sin embargo, siendo sinceros, ¿qué poseemos que antes no hayamos recibido? El Hombre, dice la Escritura, no puede añadir una sola pulgada a su estatura.

Y todavía menos puede aumentar en una sola unidad el ritmo fundamental que regula la maduración de su espíritu y de su corazón. En última instancia, la vida fundamental, la vida naciente, se nos escapa en absoluto.

Pero ante la angustia, el vértigo o el temor que nos surgiesen por la experiencia de este “no control” de la vida que fluye y se nos escapa, resuenan con fuerza las palabras del Señor: “Yo soy, no temas”. Es Él quien está en el origen del impulso, el que vivifica mi existencia con su omnipresencia. En la vida que brota en nosotros, en el universo que nos sostiene, hallamos algo todavía mejor que los dones del Señor, lo hallamos a Él mismo; a Él que nos hace participar de su Ser y que a la vez nos moldea con sus manos. El ser humano no es nada fuera de Él. Dios se ha revelado en Jesucristo para que seamos habitados en plenitud por El. El Hijo nos revela a nosotros mismos, hijos a la manera del Hijo. Habitados por Cristo, habitar en Cristo. Habitados por Cristo para nacer a nosotros mismos.



La Iglesia declara santificable la vida humana entera, en todos sus matices, desde los enteramente espirituales hasta los enteramente humanos, “cuando comáis, cuando bebáis...” dice San Pablo. En virtud de la Encarnación del Verbo, nuestra alma está totalmente entregada a Cristo, centrada sobre Él.

Dios, nuestro Padre, es accesible, inagotablemente, en la totalidad de nuestra acción. En lo que tiene de más viviente y encarnado, no se halla lejos de nosotros, fuera de la esfera de lo tangible, sino que nos espera a cada instante en la acción, en la obra del momento. Podríamos decir, sin equivocarnos, que se halla en la punta de mi lapicera, de mi pico o pala, de mi pincel, de mi aguja, de mi corazón y de mi pensamiento. Llevando hasta su última terminación natural, el rasgo, el golpe, la puntada en que me ocupo, aprehenderé el Fin último a que tiende mi profunda voluntad.

El habitar en Cristo, el ser habitados por Cristo, implica además un “estar con Él”. Una relación íntima que lleva a un conocimiento interno de su persona. Ahora bien, esta intimidad, esta relación personal y profunda, no debe llevarnos al equívoco de creer que es sólo intimidad pasiva, por el contrario, se trata de una revelación para la misión: “para que se manifieste a los hombres”, o sea, que no quede encerrada en un intimismo, sino que sea el medio por el que los hombres sean enriquecidos con las gracias del encuentro con Cristo.

Estar con Él, implica un conocimiento interno, un grado de identificación tal, que lleguemos a tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo, quien no retuvo el ser igual a Dios, sino que se vació de sí mismo tomando condición de siervo; que nos invita a servirlo en los demás, deseoso del encuentro con nosotros en los otros.

La gracia de un conocimiento interno o vital de Cristo, que por nosotros se hizo hombre, por la que podemos llegar a tener los mismos sentimientos que Él, es un conocimiento dado por el Espíritu, que penetra profundamente, no es, por tanto, meramente intelectual, ni sentimentalismo alguno; este conocimiento interno es Amor, que se manifiesta más en las obras que en las palabras.

Jesús es percibido más plena e indivisiblemente en cada momento de su vida, si lo miro en clave de cruz – resurrección. Todo cuanto hace y dice en cualquier escena nos da la medida completa de su interior, de su infinita coherencia divino – humana, de su persona plenamente entregada a la misión recibida del Padre, de lo que siente o experimenta, más allá de las palabras. Ese mundo interior de Cristo es al que estamos invitados a llegar y manifestar.

Dios no crea nada completo, sino que deja que cada cosa se realice poco a poco. A lo largo de todos sus días terrestres, el hombre plenifica su alma; y a la vez colabora a otra obra, que desborda de modo infinito, al mismo tiempo que domina estrechamente las posibilidades de éxito individual: la culminación de la creación.

Mediante nuestra colaboración, que Él mismo suscita en nosotros, Cristo se consuma, alcanza su plenitud a partir de toda criatura. San Pablo nos lo dice. Tal vez imaginábamos que la creación acabó hace mucho tiempo, es un error, porque continúa perfeccionándose. Y nosotros servimos para colaborar en esa obra, incluso mediante el más humilde trabajo de nuestras manos.

En nuestro actuar, somos instrumentos de la creación del mundo y de la manifestación de la plenitud de Cristo Jesús. Nuestra pasión en este obrar, de cara a Dios, es arte de nuestra fidelidad. En la conciencia de este vínculo entrañable con Cristo que habita en mí, al hacer, hacemos con Él y nos encontramos con Él en lo que hacemos.